

# TESTIMONIOS HOSPITALARIOS

A mosaic depicting a scene with two figures. On the left, a man with a beard and a halo, likely Jesus, is shown in profile, wearing a white robe with a gold border. On the right, a woman with long, wavy hair is shown in profile, wearing a white robe with a gold border. She has her hands clasped in prayer. The background consists of a grid of white and gold tiles. The overall style is characteristic of Byzantine or medieval mosaic art.

*Sor André-Marie Deman*



***“Mi vocación: una historia de amor, alianza y fidelidad”***

**André-Marie Deman**

**Hermana Hospitalaria del Sagrado Corazón de Jesús**

---



- 1. Rasgos Biográficos**
- 2. Vocación**
- 3. Hospitalidad**

## 1. Rasgos biográficos

Me llevaba mi madre todavía en el seno cuando Él ya me llamaba por mi nombre... Con todo, como decía su vecina, «la pobre» no detendría a su pequeña... y la prueba es que hoy aquí estoy.

Nací en Flandes, al norte de Francia, en la frontera con Bélgica. Mis padres, agricultores, eran creyentes y practicantes. Éramos cuatro hermanos.

Una pequeña parte de mi juventud transcurrió rodeada de naturaleza, en medio de los campos y del ganado, ayudando en la cosecha e incluso ordeñando a las vacas. Junto a mi hermano, dos años mayor que yo, recorríamos a pie los 3 kilómetros que nos separaban del colegio, hiciera el tiempo que hiciera: lluvia, frío, escarcha, nieve...

Mi madre se levantaba a las 4 de la mañana y su primer gesto era reclinarsse sobre la repisa de la chimenea con la cabeza entre las manos. Y allí, «rezaba»... Su ejemplo ha dejado una profunda huella en mí, ha marcado mi vida.

## 2. Vocación

En la palabra «VOCACIÓN» se encierra ya la llamada. Es un sentimiento interior por el que una se siente llamada... Y mientras haya vida, hay sentimiento... esta llamada es incesante; es la misma «ayer, hoy y siempre» Así pues, nací con ella.

Después, a medida que iba creciendo y madurando, entrando en la edad adulta, me encontré con la pequeña Santa Teresita, en *“La historia de un alma”* y me invitó a seguir sus pasos por «la pequeña vía» a la “infancia espiritual”. La llamada crecía conmigo: «¡Ven, sígueme!» No te resistas... Ni siquiera me pregunté por qué. Tenía que entregarme.

Para mí, era ir al encuentro de la felicidad porque, en el ruido, en el silencio, Él me reclamaba... El corazón no hace nunca oídos sordos.

Vivía una experiencia de «esposa», como en el Cantar de los cantares: «*escúchale, es Él quien viene*»... Vivía un sueño de belleza y plenitud, a imagen de Isaías: «*como la alegría que encuentra el marido con su esposa*», así «*la encontrará tu Dios contigo*».

### Confiar a ciegas en la fe

Incapaz de esperar más, a los 17 años y 3 meses, di el salto a lo desconocido... Acompañada por mis padres entré en la Congregación de las Hermanas Agustinas Hospitalarias de la Inmaculada Concepción. Allí estaba yo, rodeada de mis hermanas, que en un principio me «eran extrañas», pero me quedé. Él era más fuerte.

¡Daos cuenta! No ver nada, no verle y confiar a ciegas en la fe y en esa certeza inquebrantable. «*Locura*» lo llamó San Pablo.

Luego vinieron los años en el que todo el ser se emancipa; se cuestiona. Ser mujer... recuerdo haberle confesado a una de mis hermanas: «¡Nunca seré madre!», pero no os preocupéis, las profundidades de mi corazón han alumbrado millones de hijos.

Durante aquel periodo tan tormentoso, tuve la fortuna de que una persona se cruzara en mi camino; un regalo para toda la vida.

Pero, ¿cuál es esa vida?. Toda vida de religiosa, de casada, de soltera, conduce a Dios. Lo único que cambia es el camino: confiere ese cariz escatológico en el que confluirnos *todos* «*todo en todos y nosotros seremos semejantes a Él*». Nosotros seremos semejantes a Él porque le veremos tal y como es «*uno en Cristo Jesús*».

La vida religiosa está unida a Dios por un vínculo fuerte y dichoso, «*ligada a la humanidad con Dios*». Es un camino de votos, celibato y momentos importantes de encuentro, oración, perdón, misión, testimonio, gozo, celebración... Son muchos quienes me dicen que no debe resultar fácil vivir todo esto ¡Y tanto!

### **Peldaños hacia el cielo**

A día de hoy, somos siete; los siete coros angélicos, pero no ángeles. La mejor forma de recorrer el camino a la santidad es aceptar nuestras diferencias; congratularse de los éxitos; no juzgar; aprender de las contrariedades, de los contratiempos, del sufrimiento... Las asperezas terminan por pulirse, pues cultivar nuestro interior repercute en los demás, que son un presente que constata si nuestros actos son acordes a nuestras palabras, a nuestros deseos. Como decía una de mis hermanas, son peldaños hacia el cielo.

Yo no soy religiosa para mí; como en una pareja, uno no se casa consigo, sino juntos. Para ello, a menudo exclamo: «*Santa María, ruega por nosotros*», pero también "ahora", mientras me lleva de la mano.

Ahora bien, la felicidad se irradia, ¡es digna de verse! Como diría Santa Teresita, intento estar en el corazón de la Iglesia, en el corazón del mundo; ser amor, ser reflejo de la felicidad que me invade.

Que nuestro rostro sea como esa vidriera que atraviesa la luz del sol, la luz de Cristo. Que nuestra faz de Resurrección contagie el deseo de dejarse amar, de creer más.

Ser la luz que ilumina las demás... Porque el amor del Señor es infinito... Su compasión «*nueva es cada mañana*».

### **3. Hospitalidad**

Retirada del ejercicio de la enfermería hospitalaria, busco el carisma de la hospitalidad en el «cuidado del otro» a través de mis distintos compromisos, en los que confluye cuerpo, espíritu, corazón y espiritualidad.

Hoy, hermana Hospitalaria del Sagrado Corazón de Jesús, participo en un servicio de atención de un centro en el que viven mayores dependientes. Su cara y su cuerpo expresan su sufrimiento. He podido inyectar un pequeño soplo de vida a una persona desorientada que padecía una enfermedad mental; mis distintos encuentros han sido primero acercamiento, después convivencia y ahora un don.

En la parroquia, me he volcado en la organización y, en ocasiones, en la celebración de funerales. Sentir los corazones rotos, atormentados no deja a nadie indiferente. Ser la confidente de los perdones concedidos o denegados... Enfrentarme a la incomprensión de los suicidas y a los interrogantes, son las situaciones que me ha tocado vivir. Mis armas para llamar a la calma son escuchar, mirar con compasión en ese «cuidado» del alma herida, apenada, aterrada.

En efecto, a veces hay que amoldarse al conjunto, pues el voluntariado en la Iglesia no nos pertenece; por eso, la muestra de la fraternidad debe pasar por el «cuidado» de nuestras diferencias. El catecumenado es un servicio por el que siento gran afecto.

¡Ver claramente la acción que obra DIOS en quienes son interpelados en sus vidas! No le conocen, o muy poco, pero sienten una alegría que les invade, que florece, que despierta la felicidad. Ese amor recibido son las «alas» que DIOS da al hombre para que se eleve hasta Él.

Gracias, Señor...